

Las Provincias de Levante

Paquetes para la venta, a 6'75 pesetas más de 25 ejemplares. Toda la correspondencia administrativa se dirigirá al administrador. R. Mata Solquer Almería Crédito Público, 1. No se devuelven los originales.

Año XVI.-Núm. 4711

Murcia: Jueves 4 de Abril 1901

Tres ediciones diarias

El Maestro Divino

«Sin el catolicismo, dijo el Marqués de Valdegamas, no hay buen sentido en los menores, ni virtud en los medianos, ni santidad en los eminentes: porque el buen sentido, la virtud y la santidad en la tierra suponen un Dios hecho hombre, ocupado en enseñar la santidad a las almas heroicas, la virtud a las firmes y en enderezar la razón de las descaminadas muchedumbres, envueltas en tinieblas y sombras de muerte.» La historia con su elocuencia avasalladora y la experiencia con su evidencia irrefutable, comprueban la profunda verdad de esta enseñanza. Allí en donde la enseñanza de Jesucristo, Dios, hecho hombre, informa las inteligencias, dirige los corazones y es troquel de las leyes y costumbres públicas, respirase un ambiente saturado de buen sentido, de virtud y de santidad; cuando el magisterio divino del Dios-hombre, siempre viviente en la Iglesia católica, no informa la vida privada y la vida pública, desaparece la santidad, huye la virtud y se pierde hasta el sentido práctico de la moralidad; no hay buen sentido.

Pero aparte del divino magisterio, que el Dios-hombre ejerce por medio de la palabra, de su palabra eterna é infalible, llevada por los heraldos de la buena nueva al través de veinte siglos a todos los ámbitos de la tierra; aparte, repito, de esa divina enseñanza, hay otra más elocuente, más viva, más arrebatadora para el católico: hay otro magisterio más insinuante, más conmovedor y más acomodado a todas las capacidades: enseñanza que se hace por el Dios-hombre sin ruido de palabras, magisterio que tiene su cátedra en el templo silencioso y en medio de los clamoreos de las gentes: enseñanza divina, divino magisterio que tiene su cátedra sagrada en la Santa Cruz, y que ejerce el Dios-hombre crucificado desde el leño sacrosanto de la Redención. Jesucristo crucificado, el Dios-hombre, dolorido, abrumado de tormentos, vilipendiado por los hombres, blasfemado de los judíos, vertiendo la sangre que lava de iniquidades al mundo, transido de sed de nuestra salvación, murmurando entre agonías mortales plegarias de perdón para sus verdugos y ofreciéndose víctima voluntaria por la libertad y la gloria de la humanidad, ese es el maestro divino de la santidad, el pregonero más elocuente de las virtudes amables y el mejor predicador del buen sentido moral. Por esta razón tiene tanto afán y despliega tanta solicitud nuestra Santa Madre la Iglesia Católica por llevar a sus hijos en este tiempo a los pies del Crucificado: por eso en sus templos ella calla en estos días para que todos oigamos mejor en el silencio la enseñanza del Crucificado. Ese libro enseñó a las inteligencias elevadas, como Sto. Tomás de Aquino, la ciencia y la santidad con que asombraron al mundo. En esa cátedra aprendieron los grandes genios, como Colón en Barcelona y Napoleón en Santa Elena, las virtudes que ennoblecen, redimen y salvan, y ese ha sido siempre el mejor pedagogo y el maestro más querido y el consejero más dulce del trabajador y del pobre.

De las lecciones que nos predicamos tantos y tantos maestros nuevos, sin autoridad y sin misión alguna, puede cantarse con el autor de Fausto: «De muchísimo color y muy poca claridad, errores a troche y moche, y un quilate de verdad, se componen los brebajes que nuestros sabios nos dan,

para refrescar la sed que siente la humanidad.» Por el contrario, si en estos días, en que el recuerdo de los sacrosantos misterios de la Redención, las solemnes y majestuosas ceremonias religiosas, el imponente aspecto de nuestros templos, nos invitan a la meditación y a la penitencia, vamos a los pies de Jesucristo crucificado, (y lo mismo sucederá en todo tiempo), nos veremos precisados a repetir con nuestro célebre Selgas: «Siempre que hemos ido al pie de los altares donde la fe venera al Dios vivo, encontramos el cielo más claro, el aire más puro, la vida menos triste y las gentes más buenas. Sacamos de allí algo en nuestro corazón que todo lo embellece, que todo lo purifica, que todo lo anima. El templo es la casa de Dios y por tanto el digno hospedaje del hombre. Cerremos esa puerta augusta por donde el mundo comunica con la eternidad, y no tendremos refugio a que acogernos en nuestras necesidades, en nuestros desconsuelos, en nuestras tribulaciones, ni en nuestros triunfos, ni en nuestras alegrías.»

Felix Sánchez

La muerte de Jesús

¿Y eres tú el que velando la excelsa majestad en nubes ardientes, fulminaste en Sión? Y el impio bando, que eleva contra ti la osada frente, ¿es el que oyó medroso de tu rayo el estruendo fragoroso?

Mas ahora abandonado ¡ay! pendes sobre el Gólgota, y el cielo alza gemiendo el rostro lastimado. Cubre tus bellos ojos mortal velo, y, su luz extinguida, en amargo suspiro das la vida.

Así el amor lo ordena; amor más poderoso que la muerte. Por él de la maldad sufre la pena el Dios de las virtudes, y el león fuerte se ofrece al golpe fiero bajo el vellón de cándido cordero.

¡Oh víctima preciosa, ante siglos de siglos degollada! Aun no ahuyentó la noche pavorosa por vez primera el alba nacarada, y hostia del amor tierno, moriste en los decretos del Eterno.

¡Ay! ¡quién podrá mirarte, oh paz, oh gloria del culpado mundo! ¿Qué pecho empedernido no se parte al golpe acerbo del dolor profundo, viendo que en la delicia del gran Jehová descarga su justicia?

¿Quién abrió los raudales de esas sangrientas llagas, amor mío? ¿Quién cubrió tus mejillas celestiales de horror y palidez? ¿Cuál brazo impío a tu frente divina ciñó corona de punzante espina?

Cesad, cesad, crúdeles; al Santo perdonad, muera el malvado. Si sois de un justo Dios ministros fieles, caiga la dura pena en el culpado; si la impiedad os guía, y en la sangre os cebáis, verdad la mía.

Mas ¡ay! que eres tú solo la víctima de paz, que el hombre espera. Si del Oriente al escondido polo un mar de sangre criminal corriera, ante Dios irritado, no expiación, fuera pena del pecado.

Que no, cuando del cielo su cólera en diluvios descendía, y a la maldad que dominaba el suelo, y a las malvadas gentes envolvía, de la diestra potente depuso Sabaóth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre de los montes el agua vengadora; el sol, amortecida la alba lumbre, que el firmamento rápido colorea, por la esfera sombría cual pálido cadáver discurre.

Y no el ceño indignado de su semblante descegó el Eterno. Mas ya, Dios de venganzas, tu Hijo amado, domador de la muerte y del averno, tu cólera infinita extinguir en su sangre solicita.

¡Oyes, oyes cual clama: Padre de amor, por qué me abandonaste? Señor, extingue la funesta llama que en tu furor al mundo derramaste; de la acerba venganza que sufre el Justo nazca la esperanza.

¿No veis cómo se apaga el rayo entre las nubes del Potente? Ya de la muerte la tiniebla vaga

por el semblante de Jesús doliente, y su triste gemido oya el Dios de las iras complacido.

Vén, ángel de la muerte: esgrime, esgrime la fulmínea espada, y el último suspiro del Dios fuerte, que la humana maldad deja expiada, saba al sollozo esgrado, do vuelva en padre tierno al indignado.

Rasga tu seno ¡oh tierra!, rompe ¡oh templo! tu velo. Moribundo yace el Criador; mas la maldad aterra, y un grito de furor lanza al profundo. Muere... Gemid humanos todos en él pusisteis vuestras manos.

ALBERTO LISTA

JESÚS

Las entrañas sociales parecen conmovidas, porque surgen, como terrible amenaza, las pasiones humanas turbando el equilibrio en que deben vivir los pueblos.

Hay en el ambiente algo que lleva a los espíritus una cruel incertidumbre: luchan opuestos intereses que confían sus éxitos a la violencia y no a la serena justicia, que debía ser la reina del mundo.

Sobre todas las ambiciones desenfrenadas de los hombres, brilla en el monte Calvario una antorcha de luz inextinguible que ilumina las almas: solamente el pecado puede ocultar sus resplandores, sumiéndonos para siempre en las negrismas tinieblas de la culpa.

La antorcha encendida por el amor divino, es redención, sangre del justo que gotas de una cruz afrontada, como lágrimas de un suplicio espantoso, consumado por la maldad de los hombres.

Allí en el sagrado madero está Jesús con los brazos abiertos, como abrazando a la humanidad, y de aquellos labios secos por una agonía indecible ha brotado la eterna verdad, para salvación de todas las criaturas humanas.

Luchan los hombres que se estiman como ilustres por el bien social y cegados por la humana soberbia no ven la luz divina y esplendorosa que brota del monte Calvario y que ilumina todos los problemas más difíciles y los resuelve en términos de absoluta justicia.

En el Evangelio están la libertad, la igualdad y la fraternidad verdaderas; la libertad que nos hace responsables de nuestros actos, la igualdad que nos declaró a todos hijos de un mismo padre y la fraternidad que instituye el amor y la piedad.

Jesús está con los pobres, con los desvalidos, con los desgraciados, con los que sufren, con los que son víctimas de la tiranía y de la opresión.

Jesús es la humildad, la justicia absoluta, la bienaventuranza eterna.

¿Qué programa político y qué sistema social puede ofrecer mayores bienes para los hombres, que aquellos dimanados del Evangelio?

¿Qué código hay más perfecto y acabado que el Decálogo?

Si los hombres lo respetaran y cumplieran no habría en el mundo tantas iniquidades y desventuras.

No hay que buscar nada nuevo sobre teorías sociales, sino cumplir las del Evangelio, amando a Dios más con obras que con palabras.

En constantes peligros y diversos estímulos de la vida humana, el que está con Jesús vencerá siempre.

Hoy que la Iglesia conmemora la pasión y muerte de nuestro dulcísimo Redentor, elevemos nuestro espíritu hacia el Divino Maestro y aceptemos sus enseñanzas como verdad salvadora, escrita con la propia sangre de Jesús en el monte Calvario.

G. B.

EJEMPLO

Acuérdese que es mejor la adversidad que la prosperidad, porque las cosas prosperas muchas veces estragan el corazón con soberbia, y las adversas, por el contrario, lo purifican con el dolor. En aquéllas, se levanta el corazón; en éstas, aunque esté levantado, se humilla. En aquéllas se olvida el hombre de sí mismo, y en éstas se acuerda de Dios. Por aquéllas, muchas veces las buenas obras se pierden; por éstas, las culpas cometidas en muchos años se limpian, y el ánimo se conserva para no caer en otras. Y en efecto, son innumerables y maravillosos los frutos que saca el hombre de la tribulación, si se sabe aprovechar della.

Por el remedio más fuerte y eficaz para resistir y vencer todos los encuentros y golpes de la tribulación, es considerar con atención la vida y muerte de Cristo, nuestro redentor, y procurar de imitar su paciencia y mansedumbre; porque, ¿qué cosa puede parecer áspera a un hombrucillo y vil gusano, mirando a Dios por su amor enclavado en una cruz? ¿Qué no sufrirá por sus pecados el

que vé padecer tanto por los ajenos al Señor de la majestad? Y así, el apóstol, después de haber contado las persecuciones y tormentos de muchos santos, y pnestoles por ejemplo de paciencia y constancia, dice estas palabras: «Por tanto, nosotros, que tenemos delante un escuadrón de tales testigos, dejando el peso y la carga del pecado que nos ocea, corramos por la paciencia a la batalla que nos está aparejada, mirando siempre al autor y consumidor de la fé, Jesucristo, el cual, teniendo delante el gozo, y despreciando la confusión y oprobio del mundo, padeció en la cruz y está asentado a la diestra del trono del Padre.» Acordáos, pues, de aquél que padeció de los pecadores tan grande contradicción é ignominia, para que no se cansen ni desfallezcan vuestros corazones, porque aún no habeis peleado ni resistido al pecado hasta derramar la sangre, y estáis olvidados de la consolación, que os habla como a hijos y os dice: «Hijo mío, no tengas en poco la disciplina y castigo del Señor; ni demayes cuando fueres de El castigado.» Todas estas son palabras del apóstol San Pablo.

P. RIVADENEIRA

JUDAS

Quando el horror de su traición impía del falso apóstol fascinó la mente, y, del árbol fatídico pendiente, con rudas contorsiones se mecía;

Complacido en su misera agonía, mirábase el demonio frente a frente, hasta que ya, del término impaciente, de entrambos pies con impetu le asía.

Mas cuando vió cesar del descompuesto rostro la convulsión trémula y fiera, señal segura de su fin funesto, con infernal sonrisa placentera sus labios puso en el horrible gesto, y el beso le volvió que a Cristo diera.

JUAN NICASIO GALLEGO.

AL PIE DE LA CRUZ

Al pie del Santo Madero, donde enclavado se encuentra el que arrojó en el vacío los soles y las estrellas, se halla la afligida Madre llorando en su angustia inmensa, con el corazón partido por el puñal de la pena.

Cuanto mira en torno suyo lo vé cubierto de nieblas, porque tiene el alma rota sumida en honda tristeza; porque le falta su Hijo, que cadáver lo contempla en la Cruz martirizado y expuesto a la humana afrenta;

¡porque al cerrarse los ojos del que iluminó la esfera, todas las luces del mundo se apagaron para Ella!

Pobre María! Inclínate sobre el pecho la cabeza, de suspiros llena el aire y el suelo con llanto riega; nada es posible que calme la herida en su alma abierta, ni existe nadie en el mundo que sus dolores comprenda.

Era su precioso Hijo su único amor en la tierra, el recreo de sus ojos y la luz de su existencia; era hermoso como el cielo, puro como una azucena, y era su sabor tan grande como grande su inocencia; ¡en todo el orbe no había ninguno que en sí reuniera perfecciones tan sublimes y tan sublimes bellezas!

Por eso gime y solloza y desfallecen sus fuerzas, sin poder dar con la causa de ferocidad tan cruenta, y en medio del desconsuelo que en su afligida alma reina, allí, a los pies de su Hijo, perder la vida quisiera.

¡Con qué amargura tan honda los sufrimientos recuerda de aquel Ser idolatrado, que con humildad suprema para redimir al hombre derramó su sangre entera, y el infame regocijo de la muchedumbre ciega, cuando con rabia de tigre los verdugos sin conciencia, golpeaban aquel cuerpo que vida del suyo era!

¡Pobre María! Es tan funebre todo cuanto la rodea, como el dolor infinito que la hiera y la atormenta; parece que deplorando las torturas que le apenan, toma en su profundo duelo parte la Naturaleza.

El sol detrás de las nubes sepulta la ardiente hoguera, y a rojas gotas de sangre los luceros se asemejan;

desbordados los arroyos circulan por la floresta, y el torrente impetuoso la muerte en los campos siembra; saltando con fuerza chocan unas con otras las piedras, y asombrados los cadáveres sus lóbregas tumbas dejan.

El ángel del exterminio flota en la atmósfera espesa, de la espada vengadora armada la airada diestra; ruge el mar embravecido, zumba la tormenta fiera, y a impulsos del terremoto montes al abismo ruedan; todo es confusión y espanto, todo sombras y tristezas; ¡el Universo la muerte también de Jesús lamenta!

Pero ¡ay! en tanto, ¡qué sola la Virgen Madre se encuentra, entre el furor de los cielos y las iras de la tierra, sobre la cumbre del Gólgota, arrodillada en la peña, el pie de la cruz bendita de la Redención emblemático!

¡Pobre María! Su rostro cubre palidez intensa, y el huracán desatado agita su cabellera; á veces en su agonía la Cruz del martiro besa, y á veces en fuerte abrazo contra su seno la estrecha; sola, dolorida y triste, llora su desdicha inmensa; ¿quién enjugará sus lágrimas? ¿quién consolará sus penas?

J. TOLOSA HERNANDEZ

La Cofradía de N. P. Jesús

Dibió formarse antes de 1600, pues en dicho año y como instalada en la capilla ó ermita de la Arrixaca, el obispo D. Juan de Zúñiga y su vicario D. Alonso de Puelles, firman el auto de aprobación de las primitivas constituciones de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús ó Hermandad de los Nazarenos. Los primeros mayordomos fueron D. Francisco Peralta y D. Agustín Navarro, y una de sus primeras atenciones fué la de dotar la cofradía, de insignia de su titular, que hizo Juan de Rigustera, en el precio, nada caro ciertamente, de 392 reales, que le fueron abonados en 1691.

Después, y como el objeto con que la cofradía se había formado, era el de sacar la procesión del Viernes Santo, los mayordomos fueron adquiriendo diferentes pasos ó insignias, que desde 1736 han ido siendo reemplazadas por otras de mayor mérito, debidas todas, menos el titular, al hábil cincel de Salzillo, mayordomo honorario y camarero que fué de todas las insignias.

Siempre atenta á su objeto, la cofradía no se limitó á que la procesión llevara pasos, y procuró mucho que fuera concurrida y solemne: una penitencia con imágenes que, para que pareciera más, fué también nocturna en sus primeros tiempos y hasta 1774, en que las prohibió el obispo Rabin de Celis. Los estatutos primitivos ordenaban, como luego veremos, la asistencia de todos los cofrades, y contenían muchas reglas sobre la procesión, enderezadas á que fueran, como sigue siendo, una de las más solemnes.

Al principio, los cargos de la cofradía eran electivos; pero por ser constante la reelección, se convirtieron en hereditarios. Hoy la preside como decano, el Excmo. Sr. D. José Tomás Mergarejo, Conde del Valle, y es secretario, como más moderno, el Sr. D. Alfredo Gallego; los cargos de Consiliario, Tesorero, Contador y Conservador, siguen siendo electivos.

Nació robusta la hermandad, en términos que se atrevió á encargarse de la construcción de su capilla, después acometió la construcción y renovación de sus insignias, luego sostuvo largo y costoso pleito. A todo esto, á los gastos de la fundación del 14 de Septiembre, á los de ejercicios en los viernes de cuaresma, y procesion en Viernes Santo, bastaban los recursos propios de la cofradía y la cooperación—casi necesaria en el siglo pasado—de los gremios. El acaudalado Bailío de Lorca Ilmo. Sr. D. Fr. Francisco González de Avellaneda concluyó á sus expensas las obras y decorado de la capilla de Jesús, terminadas en 1792; y dejó bienes á la cofradía, á condición de que pasaran á la de Animas, si dejaba de sacar la procesion de Viernes Santo. Hace pocos años, D. José Elgueta dejó también una manda, con cuyo importe se están restaurando algunas insignias; y piadosos mayordomos llevan hoy aquella carga de que los gremios aligeraban á la cofradía. Porque en el siglo pasado, los sastres—vestidos de nazarenos aunque sin cruz—sacaban y llevaban con luces la Cena; los hortelanos, la oracion del Huerto, los pañeros, el prendimiento; los tejedores de lienzo, la Verónica; los carpinteros, la caída; los zapateros, San Juan; alfareros y roperos, Ntra. Sra. de las Angustias, después la Dolorosa; todos vestidos de nazareno morado que es el color

